

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Cárlos abrazó á su madre y á su prima. (Pág. 11, col. 1).

SUMARIO.

ÓDIO Á BORDO, por G. de LA LANDELLE.
LA CIENCIA PARA TODOS.
FÓRMULAS: Cueros para asentar la navaja.—Tinta roja.

ÓDIO Á BORDO.

POR M. G. DE LA LANDELLE.

PRIMERA PARTE.

LOS CORDONES DE ORO,

(Continuacion.)

IV.

FUERZA Y DEBILIDAD.

El veterano queria formar el carácter del bisoño y educar á la *señorita*..... era una empresa divertida! Divertida era en efecto, porque encontraba á punto fijo incautos jóvenes para reir y aun para ser benévolos cómplices del perseguidor.

Bromas... nada mas que bromas!

Ocultaban las plumas, la tinta ó el papel de Cárlos, le quitaban la banqueta, y le hacian toda clase de jugarretas de un gusto tan delicado como amable.

Si existe algun monstruo mas odioso que el vampiro es el farsante, es el bromista!... En una república sabiamente ordenada, todos los bufones deberian ser puestos fuera de la ley y acosados como fieras. El bromista es un ser apestado cuyo mal se hace al momento contagioso; hace olvidar á sus estúpidos admiradores la compasion, la humanidad, la acencia y hasta la alegría franca y la risa sencilla; la pasion del bromista es un egoismo brutal que se goza con el dolor ajeno, es la maldad llevada al último grado por la necesidad. Hay burlones que para hacer una broma de su gusto reducirian á cenizas el universo entero.

El bromista ha causado cien desafios, otras tantas quiebras, la pérdida de los empleos mas necesarios y la ruina de veinte familias, todo porque ha indicado una falsa dirección en vez de la verdadera, una hora falsa en vez de la que debia ser... Eran bromas!

Vuestra fortuna y vuestra salvacion dependen de un paso y cualquier retardó ha de acarrear una catástrofe!... Un hombre se habrá pegado un pistoletazo ó una mujer se habrá muerto de miseria y hambre si no llegais á tiempo, pero un bromista de mala intencion os extravia ó os retarda. Os dice una graciosa mentira que ocasiona una contienda, una riña

ó un asesinato, pero todo es broma... pura broma.

Sabe que esperais con impaciencia una carta. ¿Por qué? Lo ignora absolutamente; esto le es igual con tal que pueda jugaros alguna treta divertida; y se apodera de la carta y os la envia dos dias despues sirviéndole de sobre un pote de pepinillos. ¿Qué broma mas graciosa!... Por no haber acudido á la cita que os daba la carta no lograreis la colocacion que hubiera dado pan á vuestros hijos...

¿Cuánto lo siente el bromista! Ya se ve... nada sabia y no lo habia hecho con mala intencion... ¿Quién habia de caer en ello?... Una carta de tres sueldos que solo ha estado detenida cuarenta y ocho horas... ¿es acaso un gran delito? No... era una broma.

Y todo el mundo aplaude las hazañas del bromista.

Fargeolles, que era famoso por sus astutas y graciosas bromas, llevó un dia su gracejo hasta el extremo de apoderarse diestramente de una carta principiada por Cárlos, y reuniendo al momento á cinco ó seis de sus admiradores ordinarios, se la leyó en alta voz.

« Querida mamá, querida hermanita. »

Fargeolles leia con voz de falsete, lloriqueaba dramáticamente, gesticulaba, se llevaba la mano á los ojos y hacia como que lloraba.

«No os diré que soy feliz á bordo del *Orion*, pues no hay felicidad para mí lejos de vosotros...»

—¡Ah! yo me desmayo.... decia Fargeolles... ¡Qué tierno es esto!... Sosténme, Fabian!

Llegó Carlos, conoció su carta y se lanzó sobre el veterano con impetuosidad, pero los señores burlones le contuvieron. Fargeolles le leyó hasta el fin declamando y mofándose.

¡Broma de escuela!

Soltaron por fin á Pierremont que forcejaba, y arrancó bruscamente la carta de las manos de Fargeolles, pero llegó á las suyas hecha pedazos.

—¡No tengo yo la culpa, señorita bisoña! dijo el inimitable bromista con inimitable acento. ¡Qué lástima, señores!... ¡tan preciosos sentimientos á pedazos! ¡Ah! señorita, maltratais demasiado vuestros demasiado lindos sentimientos... ¡muy mal hecho... muy mal hecho!

El ayudante de servicio pasó diciendo:

—¡A vuestros puestos, señores!... ¡Silencio!

Fargeolles se sentó, repasó la lección de navegación é hizo su cálculo con serenidad inalterable. Carlos esperaba la hora de recreo para refugiarse en el sobrejuanete segun costumbre. No contaba con Fargeolles que le siguió; volvió á bajar, y Fargeolles le imitó mofándose siempre con la gracia y buen humor que le caracterizaban.

Llegó la hora de la clase, preguntaron á Carlos, respondió mal y con turbación.

La carta á su familia, el estudio, el recreo; todo lo habia envenenado Emilio Fargeolles. Y esto duraba desde que se levantaba hasta que se acostaba, hasta por la noche si Fargeolles no dormía y por la mañana si se despertaba primero: las bromas del dormitorio seguian á las del comedor, de la clase ó del ejercicio.

Carlos fué amarrado y trasladado en su hamaca; varias veces le embadurnaron el rostro mientras dormía y hasta desataron la cuerda del lado de los piés para que se cayese violentamente el suelo durante su sueño. ¡Bromas y solo bromas!

Algunos días despues Fargeolles estaba por fin en el extremo opuesto de la batería y Carlos se aprovechó de una ocasion tan rara como feliz; pudo terminar, cerrar y enviar su primera carta.

«Querida madre mia, escribia, me es imposible deciros que soy feliz lejos de vos y de mi amada Eglé, pero alienta mi valor la esperanza de contribuir á vuestra dicha. Trabajo, hago todos los esfuerzos posibles para seguir vuestros excelentes consejos y mostrarme digno de vuestro cariño, y al trabajar, trato de no pensar demasiado en vos, porque vuestro recuerdo es mi debilidad lo mismo que mi fuerza, mi tristeza lo mismo que mi alegría. Ya que debo ser marino, es preciso que sepa vencer mi pobre corazon que os ama tanto!... es preciso que aprenda á sacar una verdadera energía de los sentimientos que me inspirais, madre mia, y del cariño fraternal que te tengo, querida Eglé.

»¡Oh! ¡qué difícil me es amaros sin debilidad, no pensar mas que en los deberes de mi porvenir y no echar de menos la felicidad perdida!

»En los ratos de ocio, mi gusto es subir á lo alto de la arboladura para ver el techo que habitais.—«¡Allí están, digo para mí, las que me aman y ruegan por mí!...» Y con los ojos fijos en Brest, pienso en los felices dias de mi vida pasados á vuestro lado. Recuerdo tam-

bien que ahora me toca trabajar para vuestra dicha, y entonces vuelvo á bajar fortalecido, pero os confieso que con mas frecuencia bajo triste y débil.

»No lo haré, madre mia; no subiré mas todos los dias á lo alto de los mástiles. Me privaré de estas emociones demasiado vivas porque enervan mi corazon, y solo una vez á la semana, el domingo, querida Eglé, subiré al mástil, como pájaro que vuela hácia el cielo, á la hora que volveis de misa, y si distinguo un pañuelo blanco que se agita, diré: ¡Son ellas! ¡son ellas! ¡No es verdad, madre mia, que no será mucho una vez cada semana? El domingo no hay lección, y así no me expondré al bajar á estar distraido y á no escuchar con atencion las demostraciones de los profesores.»

Carlos de Pierremont descendia en seguida á algunos pormenores sobre su vida material á bordo, mas no hablaba de Fargeolles ni de sus perseguidores: de nada se quejaba, alababa al comandante y á sus oficiales, y anunciaba en fin que el jueves siguiente iria á visitarla.

Esta carta era un acto [de valor; su afecto filial le dió fuerza para terminarla sin confesar lo que padecia.

Su lectura hizo verter lágrimas á la señora de Pierremont.

—Es menos desgraciado de lo que creia, dijo abrazando á Eglé; ¡pobre hijo mio!

—¡El jueves! exclamaba Eglé; ¡le veremos! ¡Vendrá el jueves!

Eglé contó las horas, y Carlos las hallaba tambien muy lentas; trascurrieron sin embargo á gusto de sus deseos.

Los doce alumnos de la mesa en que comia Carlos bajaron el jueves á punto de día al vestuario del entrepuente, se vistieron de riguroso uniforme, y se embarcaron bajo la vigilancia del ayudante de servicio.

Cuando estuvieron en el bote, Fargeolles pronunció un discurso homérico y memorable bajo todos conceptos, y en el cual el estilo, las gracias y el pensamiento se disputaban la palma del buen gusto. El veterano declaró desde su exordio que seria reputado mal compañero, cobarde y monigote el que se negase á ir á almorzar á la fonda de Coquinot.

Coquinot era entonces el fondista en boga entre los alumnos de marina, de modo que á bordo del *Orion* solo se juraba por Coquinot y Juanita, la moza mas complaciente de la fonda.

Si la palabra *fraternidad* hubiera estado de moda en 1828, es indudable que Fargeolles hubiera preconizado su banquete en nombre de la fraternidad, pero no incurramos en un anacronismo por tan poca cosa: Fargeolles se contentó con la palabra *compañerismo*, habló de champaña, ensalzó la ensalada de anchoas é hizo un elogio de los pasteles con trufas.

—¡Voto á...! prosiguió ¿no somos doce? Esto es histórico, matemático y físico; á 20 francos por cabeza podemos hacer un festin de monarca. Es aritmético... y os aseguro que nos divertiremos como treinta y seis! Yo me encargo de la maniobra; declaro en primer lugar á la señora Coquinot que queremos ser servidos exclusivamente por Juanita, una excelente muchacha que entiende de bromas como un caballo de trompetas; en seguida iremos al café de La Planché á tomar la taza de café, la copa, etc., sin contar los cigarros; despues alquilamos caballos y vamos á tomar un refrigerio en Guipavaz. Dejadme gobernar, amigos míos, y os haré pasar un dia marítimo bien empleado... Veamos ¿quién es de la partida?

—¡Yo... yo... yo! respondieron diez alumnos, que no eran de Brest, aprobando los proyectos del orador: parecíales muy natural solemnizar dignamente la primera salida gastando el sueldo del mes, al recordar que la segunda salida no se efectuaría hasta haber pasado seis semanas.

—¿Y la señorita Bisoña de San Bisoño? añadió Fargeolles; creo que la señorita no ha respondido.

Carlos guardó silencio.

—¿Qué dices, Pierremont? preguntó Sergette, uno de esos buenos muchachos insignificantes que no tienen mas mérito que su nulidad.

—Disponéis de todo el día, dijo por fin Carlos; ¿á qué hora iré pues á ver á mi familia?

—Lo cierto es, dijo uno de sus compañeros mas juiciosos, que ninguno de nosotros es de Brest.

—¿No soy yo acaso de Brest? exclamó Fargeolles; tambien yo tengo familia, pero ante todo es la amistad.

Recuérdese que la pretendida familia de Fargeolles se reducía á la persona de un tutor que maldito el caso que hacia de su pupilo.

—¡Ea, Pierremont! dijo Sergette, almuerza con nosotros y te dejaremos ir despues.

—¡Es imposible! mi madre y mi hermana tienen deseos de verme.

—¡Miserable! exclamó Fargeolles, le duelen sus veinte francos, y no puede disimularlo. La señorita Bisoña es económica...

Bisoña, bisoña, de San Bisoño, estos apodos nuevos alcanzaban un éxito de carcajadas, y además Fargeolles era tan bromista!... Cuando un bromista cae en gracia hace reír hasta al dar los buenos dias.

Reían pues, y á su risa se unian las burlas contra la avaricia incalificable de Carlos.

Felizmente el bote llegó al muelle donde esperaban la señora de Pierremont y Eglé, y Carlos se arrojó en sus brazos con trasporte.

Diez de sus compañeros saludaron al pasar; Fargeolles no se quitó el sombrero, y dijo en voz bastante alta para que le oyera Carlos:

—¡Hola! ¡hola! ¡no es fea la Mimí de San Bisoñin! Casi la preferiria á Juanita si llevara un vestido sin tantos zurcidos, una pañoleta menos antigua y un sombrero mas moderno. ¡Qué traje mas ridículo!

¡Comparar á Eglé con una criada de fonda, ridiculizar la pobreza de su madre, y hacerlo en el momento que le acusaba de ruin y de no querer gastar un mes de paga en locuras y en orgías!

La señora de Pierremont halló á Carlos algo cambiado, pero no se inquietó al recordar que estaba convaleciente al embarcarse á bordo del *Orion*; por otra parte, á pesar de los insultos de Fargeolles, Carlos sentía una impresion tan pura de regocijo que desapareció su tristeza.

Su madre le tomó el brazo y Eglé la otra mano.

Fargeolles y sus diez compañeros invadian ya la casa de Coquinot revolviendo todos los muebles, haciendo un estruendo espantoso y volviendo loca á la infortunada Juanita, cuando Carlos entró en la modesta morada de su madre, vivamente conmovido.

Esperábanles tres tazas de porcelana limpias como el oro, un pequeño tarro de leche y un gran pedazo de manteca puestos sobre la mesa.

—¡Carlitos, querido Carlos, no te muevas, dijo Eglé, te lo prohibo hoy! ¡Hoy no debeis alejaros, señorito, de vuestra madre!... ¡Nó Carlos! No te incomodes... quiero servirte.

Eglé trajo al momento con alegría infanti

tres panecillos blancos y algunos trozos de azúcar.

—Azúcar blanco y panecillos exquisitos, exclamó; te preparaba esta sorpresa.

Cárlos estuvo á punto de llorar, y abrazó otra vez á su madre y á su primita.

El audaz Fargeolles hacia resonar en aquel momento con sus gritos la sala principal de la casa de Coquinot.

—¿Y las anchoas, Juanita... y las anchoas? gritaba. Si antes de dos minutos no tenemos nuestra ensalada de anchoas, hermosa niña, os declaro indigna del aprecio y las adoraciones de la escuela de marina.

—¿Y qué me importa á mí de vuestro aprecio, feote? respondió la interesante Juanita. Tomad, ahí teneis las ostras.

—¡Sublime respuesta! exclamó Fargeolles; ¡señores, un aplauso por la Juanita!

Fargeolles dió el ejemplo y la señal, y los diez compañeros palmotearon en cadencia.

Juanita huyó á la cocina.

Almorzaba en un cuarto particular un teniente coronel de infantería y preguntó á la dueña del establecimiento:

—¿Qué diablos son esos que teneis hoy en casa?

—No hagais caso, señor coronel, respondió la señora Coquinot; hoy es día de asueto para los alumnos del *Orion*, y se divierten los pobres muchachos haciendo rabiari á Juanita mientras beben Salerno y comen ostras.

Eglé hacia con delicia los honores del frugal almuerzo que ella misma habia preparado; pues habia comprado de sus módicos ahorros el azúcar blanco, los panecillos y hasta el café. Hacía mucho tiempo que no habia reinado en casa de la señora de Pierremont una alegría tan franca y cordial.

Sin embargo, luego que se acabó el almuerzo, Cárlos tomó el sombrero para salir.

—¡Cómo!... ¡tan pronto! exclamó Eglé.

—Luego estaré de vuelta, querida hermana, dijo el alumno.

—¿A dónde vas tan pronto? preguntó la señora de Pierremont.

—Al hospital de Marina á visitar uno de mis compañeros.

—Muy bien, hijo mio, corre á verle y no tardes; los momentos nos pertenecen.

—No temais, madre mia, soy avaro de mis instantes de felicidad, pero la visita que voy á hacer es un deber!...

Eglé se preguntaba quién podria ser aquel amigo que Cárlos deseaba con tanto ahinco visitar, y siguió á su primo hasta la antesala.

—¿Quién es ese enfermo? le dijo.

—Se llama Renaud, respondió Cárlos.

—Luego le tienes cariño! Siendo pues amigo tuyo, ¿por qué no nos has hablado de él en tu carta? Nos hubiéramos alegrado tanto de saber que te unia la amistad con uno de tus compañeros!

—No puedo decir que sea amigo mio, respondió Cárlos vacilando, porque casi no le conozco.

Cárlos dejó á Eglé muy sorprendida con semejante respuesta.

—¿Qué cuando parecia! pensó la joven. Alguna cosa oculta, no hay duda... si es un disgusto, ¿cómo saberlo y participar de su pena.

quien hablaban todos los días los bisoños, y tuvo el pesar de saber que el despejado parisiense se habia expuesto por él con temeridad tan generosa; se propuso por consiguiente desde entonces ir á visitarle luego que saltase en tierra.

Cuando Cárlos se acercó á Julio, se paseaba este por el jardín con el brazo en cabestrillo, pero con buen semblante.

Julio conoció al instante á su colega y le tendió la mano derecha.

—Gracias, mil gracias, le dijo, por haber venido á verme.

—Yo soy el que vengo á daros las gracias y á expresaros el pesar que siento...

Julio le interrumpió diciendo:

—La culpa es de Fargeolles en primer lugar y despues mia; debia haberme descolgado por los obenques ó los brandales...

Trabaron luego amistad ambos jóvenes; Cárlos respondió á todas las preguntas de Julio, se encargó de sus pequeños negocios y se quejó de la tiranía de Fargeolles.

—No soy rencoroso, dijo Julio, pero si os insulta otra vez en mi presencia, os prometo que sabré hacerle entrar en razon. ¡Ojalá, añadió Julio suspirando, que no tuviera otros cuidados mayores que el de Fargeolles!

—¿Qué teneis pues? preguntó Cárlos: ¿os duele mucho el brazo?

—El brazo? nada!... La fractura era simple y el cirujano está seguro de la curacion; solo es cuestion de paciencia. Pero lo que me desespera es que pierdo el tiempo... Figuraos que casi no sabia lo que mas indispensablemente es preciso para entrar en la escuela: nadie tiene tanta necesidad como yo del tiempo, y temo que no me admitirán al examen de salida...

—¿Qué decis?... exclamó Cárlos.

—Me veo condenado á estar en el hospital cuarenta ó cincuenta días despues de la primera quincena de estudios que de nada me han servido; para cualquier otro serian dos meses de retraso, pero para mí equivalen á seis.

—¿Teneis los libros aquí? preguntó Cárlos.

—Nó.

—Os los enviaré mañana; repasad bien vuestro curso de entrada que yo respondo de lo demás. Cuando esteis á bordo, os pondré al corriente durante las horas de recreo.

—Querido amigo mio, dijo Julio con entusiasmo, hacedlo y me consideraré muy feliz.

—Lo haré... Seria un ingrato si no os sirviese con todo mi corazón...

—Por vida mia que hasta ahora nada me debeis, añadió Julio. Si os hubiera evitado algunas vejaciones, pase!... pero dejad que vuelva con el brazo curado, y Fargeolles me pagará lo atrasado en la primera ocasion que lleguemos á las manos.

—No lo hagais que os castigarán.

—Peor! nadie muere de un castigo, y es preferible desembarazarse de un hombre ruin; despues se trabaja mejor...

La visita no se prolongó mas, pues Cárlos dijo que tenia prisa de volver al lado de su madre y de su hermana; Julio fué el primero en aconsejarle que no tardase.

—Hablares á bordo mas despacio; idos, amigo mio, y contad conmigo como yo cuento con vos.

Eglé miraba á cada instante por la ventana, y vió por fin á Cárlos que volvia casi corriendo. Habiendo obligado á la señora de Pierremont algunos quehaceres que no admitian dilacion, Eglé pudo hacer á Cárlos un largo interrogatorio.

Preciso fué que entonces confesase la verdad, que explicase porqué se habia fracturado Julio el brazo y que hablase de Fargeolles.

—Fargeolles! dijo Eglé, ¡oh! le conozco! Su aspecto me inspiró un sentimiento de repulsion inexplicable. Bien revela en su exterior su maldad; pero si te persigue, ¿por qué no te quejas á los oficiales ó al comandante del navío?

—Me acusarian de delator y me acarrearía la enemistad de todos mis compañeros.

—¿Es decir, que eres el mas débil y no tienes derecho de pedir proteccion?

—Nó, Eglé, nó!... Es preciso que sufra con paciencia y valor.

—Delator!... repitió Eglé. Conozco que si Fargeolles hace alguna cosa contra los reglamentos, no te toca á tí denunciarle, sino cerrar los ojos y no decir una palabra; pero te ataca y te atormenta noche y dia; ni hasta te deja trabajar, abusa de su fuerza, te hace una guerra abominable, ¿y no debes quejarte?

—No niego que es absurdo, pero es así.

Eglé le hizo contar una por una todas las vejaciones de Cárlos. La cariñosa joven lloraba amargamente, y Cárlos se esforzaba en consolarla.

—Eres mas desgraciado que un esclavo, pobre Cárlos!... Te asesinan á alfilerazos y te hacen morir á fuego lento.

—Querida hermana, has arrancado mi secreto, pero te suplico que no digas nada á mamá: le dariais mucho pesar. Deja que crea que vivo tranquilo á bordo. Es preciso que sea marino, y yo quiero serlo. Tendré resignacion y valor, espero á Renaud y será mi protector. Ya ves que estas vejaciones no durarán siempre.

—Cárlos!... pobre amigo! decia Eglé sollozando, no repetiré tus confidencias á mi tia, pero no me ocultes á mí nada!

Y Cárlos, que tenia necesidad de desahogar su alma, solo calló el último insulto de Fargeolles en el momento de desembarcar aquella mañana.

Cuando entró la señora de Pierremont estaban ya enjutas las lágrimas, y pensamientos consoladores habian tranquilizado los rostros de Cárlos y de Eglé; dedicó el resto del día á su hijo esforzándose en reanimarle con nobles consejos, mas ignoraba cuán inútiles eran estos consejos, y cuánta fuerza de voluntad desplegaba Cárlos no hablando de sus dolores.

Finalmente, despues de una comida mas que modesta, y menos alegre que el almuerzo, porque se acercaba la hora de la separacion, acompañaron á Cárlos su madre y su sobrina hasta el sitio donde esperaba el bote.

Cárlos llegó el primero. Sus compañeros solo tardaron diez minutos y les reprendió el ayudante de servicio. Se habian conformado literalmente al programa de Emilio Fargeolles: almuerzo, paseo á caballo, refrigerio en Guipavaz, tazas y copas en el café de La Planché, comida en la fonda de Coquinot, ponche, cigarros; nada se habia omitido, y volvian con los bolsillos llenos de tabaco y de botellitas de licor.

Fargeolles estaba medio embriagado y cuatro ó cinco mas estaban tan alegres como él.

Eglé reconoció al perseguidor de Cárlos y se estremeció.

—Ten discrecion y recuerda tu promesa, Eglé, murmuró Cárlos dándole un abrazo de despedida.

La señora de Pierremont le estrechó por última vez en sus brazos: Cárlos saltó en el bote.

Emilio Fargeolles no dejó de hacer algunas



¿Os duele mucho el brazo? (Pág. 11, col. 2).

observaciones groseras que esta vez al menos no fueron oídas por el alumno.

Cárlos estaba pensativo, con los ojos vueltos hácia su madre y su prima que le siguió con la mirada hasta que salió del puerto.

Como el mar estaba agitado, el bote empleó mas de tres cuartos de hora en su trayecto, de modo que era ya de noche cuando llegaron al navío.

—Bravo! murmuró Fargeolles, tenemos suerte.

Tratábase de introducir de contrabando los cigarros y el licor. El veterano tenia los bolsillos demasiado llenos.

—Señorita, dijo á Cárlos de Pierremont, encárgate de esto!

—No...! está prohibido y no quiero!

—¿No quieres, tunante?... ¡Oís, amigos? Rehúsa un servicio de compañero.

Los tres ó cuatro alumnos mas ébrios se indignaron de la resistencia del bisoño, y de grado ó por fuerza le llenaron los bolsillos, obligándole además á que subiera el primero á bordo.

Habia un ayudante en el puente con orden de registrar á los pensionistas, encontró los cigarros y los confiscó.

Fargeolles subia el segundo, y al ver á Cárlos cogido en fragante delito, dijo á media voz: cuidado que registran! Y al mismo tiempo trató de arrojar todo su contrabando al mar, pero no tuvo tiempo. Los demás alumnos fueron mas felices.

Cárlos y Fargeolles fueron enviados inmediatamente por orden del oficial de servicio á la sala de policía para pasar la noche.

¡Qué horrible contraste! Despues de un día de tiernos desahogos y dulces emociones volver á bordo para ser encerrado en un estrecho aposento con su encarnizado perseguidor! ser castigado cuando se habia propuesto no exponerse á ningun castigo!

Cárlos palideció, perdió su resolucion y ex-

perimentó el sentimiento de horror del condenado que entregan á las fieras del circo.

¡Solo con Fargeolles durante toda una noche!

Eglé rogaba por Cárlos en aquel momento y las súplicas de su alma inocente subian al cielo como un perfume; la señora de Pierremont oraba tambien por su hijo.

Cárlos, pálido y trémulo, esperaba ver caer sobre sí el enojo de su cruel compañero. Pero no se realizó su temor. Fargeolles estaba embriagado y acababa de echarse en su lecho de campaña; despues de proferir algunas blasfemias impuras, palabras cínicas y cobardes sarcasmos, se durmió con un sueño de plomo.

Fargeolles roncaba aun á las ocho de la mañana, cuando sorprendido el comandante de ver el nombre de Cárlos en la lista de los castigos, mandó comparecer al alumno.

Cárlos se justificó declarando la verdad: preferia incurrir en la cólera general á exponerse á ser nuevamente encerrado con Fargeolles. El comandante perdonó á Cárlos y prolongó el castigo del burlon veterano.

Los colegiales de Angulema se quejaron de lo que ellos llamaban injusticia, y á darles crédito, la señorita Bisño era protegida indignamente.

Sin embargo, nadie insultó á Cárlos, y tuvo la dicha de vivir dos dias libre de la persecucion de su compañero; es decir que se creia comparativamente dichoso.

Pero Eglé no dejaba de pensar en su horrible situación.

La desgracia desarrolla rápidamente la inteligencia cuando no llega á aniquilarla. Eglé, sostenida por el ejemplo de su noble tia, se habia aprovechado de las lecciones del infortunio: su alma y su corazon no eran menos precoces que las gracias de su juventud.

Aunque de poca edad, y aunque cedia con frecuencia á sus instintos de niña, sabia sufrir, sentir una compasion profunda y conmo-

verse con todo conocimiento de causa; el dolor la habia dado esa ciencia tan rara entre los jóvenes de ambos sexos, felices de su clase, cuyas emociones mas sinceras son casi siempre superficiales, y sabia amar sobre todo, amar con delicadeza y fidelidad.

Eglé habia prometido no decir nada á su tia y cumplió su promesa, pero buscaba un medio de socorrer á Cárlos, y rogaba á los ángeles que la inspirasen un paso útil á su desgraciado primo.

Pensó en un principio escribir directamente al comandante del navío-escuela, mas despues de reflexionar no se atrevió, temiendo que siendo Cárlos interrogado fuese puesto al index como delator y fuera despues mas desgraciado que antes.

Eglé concibió la idea de dirigirse á Julio Renaud. Si él escribiera á sus amigos que se unieran para proteger á Cárlos, pensaba, que se ligaran contra Fargeolles, lo harian indudablemente. Pero ¿cómo pedir á Julio semejante servicio? No podia ir sin su tia á visitarle al hospital y ni siquiera le conocia; ¿y podia además tomarse la libertad de escribirle sin faltar á las leyes del decoro?

Y Eglé seguia orando y buscando medios.

Presentóse una circunstancia inesperada; uno de los oficiales del *Orion* fué á visitar á la señora de Pierremont mientras se hallaba fuera de casa; Eglé le suplicó que entrase y le recibió con extraordinario anhelo.

Creia la pobre niña que era el ardido providencial que tanto habia implorado, la recompensa de su ardiente fe.

—No está en casa mi tia, Eglé, pero os suplico que entreis, cabalmente importante que pediros un favor y quien se dirigia era

El teniente de madre de familia, sensible un oficial anciano para comprenderla, y le y el mas á proa relacion de Eglé, sus reinteresó la llenas de buen sentido y de comendac



Solo con Fargeolles durante toda una noche! (Pág. 12, col. 2).

tacto, sus lágrimas y la vehemencia de su corazón.

—No os pido un auxilio directo, le decía; sería preciso hacer cambiar á Carlos de division, si posible fuera, por algun medio natural, sin saberlo los alumnos ni aun el mismo comandante; así no tendría por compañero á ese pícaro Fargeolles, y al menos se vería libre de él en las horas de estudio, de comer y de dormir. Pero nada de quejas oficiales al comandante ni castigos inútiles que solo contribuirían á exasperar á Fargeolles y que de rechazo pagaría Carlos.

El oficial se asombraba de oír hablar así á la jóven.

—Hace ocho días que medito y oro, prosiguió, y desde entonces he adivinado muchas cosas desconocidas. Carlos me ha puesto en camino con algunas palabras, y yo he conocido lo que debe hacerse.

—Y se hará, señorita, respondió el oficial; pediré al comandante que haga pasar á Carlos á mi division, que ningun contacto tiene con la de Fargeolles.

El teniente logró lo que pedia, y Carlos de Pierremont fué á ocupar precisamente el puesto que habia dejado vacante Julio Renaud.

—Pero cuando Renaud salga del hospital, pensó Carlos, se hallará al lado de Fargeolles, y padecerá tambien lo que he padecido. A no ser por esta reflexion Carlos hubiese quedado satisfecho; sus nuevos compañeros mostraban complacientes y vivia en paz con ellos; finalmente, para colmo de dicha, su salida se adelantó tres semanas á consecuencia de la permuta.

Fué á vivencia de la permuta. sus escrúpulos tambien á Julio y le confesó solicitado su privándole que no habia

—Aunque lo habia solicitado, respondió el buen parisiense solicitado, resentimiento. Si esto tendria el menor efecto en vos os dá pesar,

desde ahora os digo que os tranquiliceis... Que tenga cuidado el señor Fargeolles, pues le espero á pié firme. Aunque nos hemos batido una vez y me he herido por culpa suya, no seré el primero en romper las hostilidades, y tendré paciencia hasta que mi brazo izquierdo haya recobrado toda su fuerza; pero entonces... veremos quien de los dos reirá ó llorará!

VI.

SALIDA DE LA ESCUELA NAVAL.

No he conocido jamás un jóven mas apreciable que Julio Renaud: vivo y apacible al mismo tiempo, se animaba muchas veces, pero nunca se enojaba á no ser que le provocasen; carácter excelente, buen corazón, sin odio ni malicia, á bordo del *Orion* y en nuestros primeros años de mar le juzgué incapaz de guardar rencor, y debo asegurar que le ví perdonar agravios imperdonables con verdadera magnanimidad.

Cuando Julio volvió á bordo, fué indispensablemente compañero inmediato de Fargeolles; ocupaba el puesto de Carlos sin que le causase al parecer ninguna inquietud, y no manifestó con palabras ni con ademanes que tuviera odio al burlon veterano.

Fargeolles le lanzó en la primera comida algunas burlas bastante picantes, mas Julio respondió sin enojo y con talento, y mas de una vez consiguió poner de su parte á los que se reian. Fargeolles volvió á la carga, y Julio no perdió un bocado y respondió sin alterarse. La comida pasó tranquilamente; Julio fué entonces á reunirse con Carlos... ¡Tenian que decirse tantas cosas!

—¿Cómo te va con Fargeolles? preguntó Julio; ¿te deja en paz ahora?

—No me atormenta tanto, respondió Carlos: apenas nos encontramos y creo que ya me ha olvidado.

Emilio Fargeolles,—esto parecerá extraño tal vez y hasta una paradoja,—tampoco era rencoroso; su fuerza física le habia hecho siempre temible á sus condiscípulos, ya en el colegio, ya en Angulema, y era uno de esos pequeños déspotas de escuela que atacan indistintamente á cuantos son mas débiles que ellos, y los hostigan únicamente por el gusto de atormentarlos y porque su pasión consiste en ver y hacer que padezcan. A bordo cedía á los mismos instintos: los rasgos de su genio acre y mordaz reemplazaban á los puntapiés y puñetazos del colegio; aunque no era tan brutal, no era por eso menos malo, y aunque sus bromas le creaban enemigos, no les aborrecia.

Las personas del temple de alma de Fargeolles no aman ni detestan á nadie, porque no tienen sensibilidad; son verdugos por inclinacion. Si pierden una víctima, eligen otra y olvidan la primera atormentando la segunda; no comprenden la *vendetta corsa*, y en una palabra, son malos por instinto y por reflexion.

Julio era incapaz de odio por la causa diametralmente opuesta; no podia abrigar rencor porque era naturalmente bueno, y sus antipatías morian de inaccioa si no cesaban abiertamente con una reconciliacion cordial.

Pero no era la paciencia su virtud natural, y esta le faltó antes de recobrar toda la fuerza de su brazo izquierdo.

Era la hora del estudio: de pronto se oyó un grande alboroto en estribor posterior. Dos alumnos habian llegado á las manos.

El mas delgado y débil tenia al otro sujeto del cuello de la chaqueta con una mano; le decía:

—Amigo, has logrado fastidiarme... mos, pues, quién puede mas de los dos.

Fargeolles arrojó con toda su fuerza un luminoso tomo de logaritmos á la cabeza de Julio: el golpe hizo brotar sangre por

rices y boca al parisiense que soltó á su contrario; Fargeolles se armó de una banqueta y retrocedió.

Julio volvió al momento á la carga y le alcanzó al pié de una escalera: viéndose Fargeolles acorralado, le arrojó el taburete á las piernas, pero Julio evitó el golpe diciendo:

—¿Con libros y bancos hacemos hoy la guerra? Bien, mejor... así será igual la partida.

Y con la mano izquierda cogió una banqueta.

Fargeolles, arrojado á la escalera y reducido á la inmovilidad por el brazo derecho, las rodillas y las piernas de Julio que se había enroscado en derredor de su cuerpo como una serpiente, recibió cinco ó seis taburetazos violentos antes que pudieran acudir los ayudantes.

Todos los alumnos nos habíamos separado de los puestos y formábamos círculo en derredor de los combatientes.

—Dí que no volverás á insultarme mas, gritaba Julio.

—Nó! respondió Fargeolles.

—Pues bien ¡siete! dijo Julio Renaud descargándole otro golpe.

—Nó!... repitió Fargeolles.

—Ocho! dijo Julio; veremos quién se cansará antes.

Las tres cuartas partes de los espectadores, veteranos ó bisoños, empezaron á reir.

Fargeolles, encendido el rostro de rabia, repitió:—Nó!

—Nueve! Corriente! continuó Julio; por última vez, declara que no me harás mas burlas.

—Nó! nó! nó!

—Mira que te descargaré el golpe de gracia en medio de la cara.

—Renaud tiene razon, dijo un alumno.

—Es verdad, Fargeolles es cansado con sus bromas, añadió otro espectador.

Otros diez repitieron las mismas palabras, y nadie salió en defensa del glorioso veterano de Angulema.

—¿Te empeñas aun en responder que no? preguntó Julio.

Fargeolles vacilaba en responder.

—Quiero un sí... Habla! dijo Julio.

Tenia el brazo levantado é iba á descargar el golpe, cuando los ayudantes se abrieron paso entre la multitud, se interpusieron y le arrancaron la banqueta. ¡

Por un justo cambio de las cosas de este mundo, el veterano molido á golpes, era la irrisión de la escuela.

Julio fué á lavarse el rostro en la fuente comun que habia al pié del palo mayor, pero fué interrogado en el acto por el oficial de servicio á quien acababan de dar parte.

Este oficial, que era casualmente el que con tanta destreza habia hecho cambiar de division á Carlos, se informó con tono severo del origen de la contienda.

—Fargeolles es un pícaro rematado, respondió Julio, y siempre necesita una victima. Atormentó primeramente á Pierremont, después á Montaix, que ha entrado en el hospital cuando yo salia, y ahora me toca el turno mí... porque siempre busca los mas débiles.

Como sabia que tenia el brazo malo no ha cedido de hostigarme hasta que ha llegado un momento en que me ha faltado la paciencia.

Yo fuera mas necio que perverso, no hubiese sido el primero en arrojarme un libro y un taburete, y me he defendido porque me exasperaba que me acibillara á golpes. Pero es un asunto, capitán, de que él ha principiado,

y que á no ser por los ayudantes, hubiera yo acabado.

Oyéronse murmullos en diverso sentido cuando Julio terminó su declaracion; algunos veteranos pretendian que el parisiense no debia haber acusado á Fargeolles con tanto encarnizamiento, que nada le importaban las cosas de Pierremont y Montaix, y que habia hecho una verdadera delacion.

Pero los pareceres fueron muy contradictorios y dejaron á Julio en paz porque acababa de dar pruebas de fuerza y de valor.

—¿Qué hubiera sido del altivo veterano de Angulema, decian algunos jueces del campo, meros aficionados al pugilato, si Julio hubiese tenido los dos brazos igualmente sólidos?

Después de oír á los ayudantes y de hacer sufrir á Fargeolles un minucioso interrogatorio, el oficial no castigó á Julio, puso á su adversario en el calabozo y dirigió una queja por escrito al comandante del *Orion*.

Cárlos se hubiera arrojado en los brazos de su amigo con mucho gusto, pero el respeto humano se lo impidió y solo pudo estrecharle la mano. Cuando llegó la hora del recreo, le dió la enhorabuena de todo corazón.

—Han sido justos al menos esta vez, dijo; temí que os pusieran presos juntos.

—Por cierto que creí que esto iba á parar mal, dijo Julio; espero que bastará la leccion y que no volverá á incomodarnos... Conozco muy bien á esos guapos, amigo mio; no hay mas que enseñarles los dientes para que escondan las uñas.

—Sí, dijo Cárlos, pero tratan en seguida de arañar...

—Bueno! que arañe... yo morderé, añadió Julio riendo.

La leccion fué mas severa y completa de lo que creian los dos alumnos. El comandante amenazó á Fargeolles con que le expulsaría á la primera riña, le tuvo en el calabozo diez dias y le privó de salir en seis meses.

Llegó por fin de Brest el señor Labranche, y su visita á bordo del *Orion* fué la segunda edicion de la de Angulema.

Fargeolles, humillado, desprestigiado, vencido y viéndose reducido á la impotencia, conoció que era preciso recobrar á toda costa el tiempo perdido, y cuatro meses después era el alumno mas sobresaliente. Llevaba en recompensa una áncora bordada en el cuello de su levita de gala, y habia conquistado la benevolencia de los profesores que le dieron las mejores notas: el comandante le perdonó dos meses de arresto á que estaba aun condenado.

Era superior á Pierremont en matemáticas, cálculo y dibujo, y en maniobra solo cedía á Julio Renaud.

A mediados del año de estudios se verifica siempre en las escuelas especiales un movimiento funesto para los mas laboriosos, y es la época en que los perezosos ponen por fin manos á la obra y tratan de recobrar el tiempo perdido.

Se forma una seria emulacion y cada cual se prepara para el exámen de salida. Bien pronto cambian á ojos vistos las distancias relativas de los competidores, y los escolares de la medianía, que durante los primeros meses han sido constantemente víctimas de la turbulencia de los bromistas, alborotados y aficionados á los juegos, se ven con desaliento adelantados por una gran parte de sus compañeros.

El talento suple al estudio y con frecuencia lo vence. Esto origina una nueva clasificacion; la inteligencia casi sola establece las posiciones respectivas; los primeros puestos se re-

parten entre los mas juiciosos y los mas turbulentos, los restantes ocupan el centro, los perezosos y de escaso talento quedan á la cola de la promocion, y finalmente, se distinguen entre los últimos algunos ciegamente apasionados á las diversiones, genios ardientes y francos, distraidos y sin tenacidad ó que cuentan demasiado con sus medios naturales. Estos rezagados nunca llegan á tiempo para recobrar el que han perdido.

No le sucedió esto á Fargeolles, que tenia la experiencia de su primer año de Angulema, sentia la necesidad de recobrar su popularidad perdida, y recordaba además las amenazas del capitán Labranche.

Era sin contradiccion uno de los diez sobresalientes en matemáticas y en maniobra.

El capitán Labranche recibió en aquella época orden de embarcarse, y vino á ver á su pupilo adoptivo á quien felicitó con emocion paternal por su excelente conducta.

—Veo por fin, querido Emilio, le dijo con tono serio y cariñoso al mismo tiempo, que eres juicioso y sigues mis consejos, y tengo un placer en ver que serás un dia un distinguido oficial como tu padre.

Fargeolles estuvo casi afectuoso con su brusco Mentor que le exhortó con ahinco á que perseverase en su nueva vida, y no partió sin haberle recomendado á varios de sus colegas del navío.

Cárlos de Pierremont cumplia fielmente su promesa: durante los ratos de ocio daba lecciones de repaso en matemáticas á Julio Renaud, y su tarea fué mas penosa y especialmente mas larga de lo que uno y otro creian.

Julio, aunque tenia talento, estaba mas atrasado que sus compañeros, entre los cuales habia algunos que habian estudiado ya cuatro ó cinco años de matemáticas, en tanto que él solo las habia estudiado once meses cuando se acercó el momento de los exámenes.

Su pasante hizo esfuerzos para ponerle al corriente, pero perdió horas preciosas en inculcarle nociones elementales, de lo cual se resintió en el exámen, pues mas de veinte alumnos, entre ellos Fargeolles, obtuvieron números de admision superiores al suyo.

—A no ser por tí, dijo Julio, hubiera sido excluido, pero á no ser por mí hubieras sido el primero de la promocion.

—A no ser por tí, le respondió Cárlos, hubiera muerto de pena bajo la persecucion de Fargeolles.

Este diálogo tenia lugar en el campo de batalla de Brest en la tarde del dia en que se publicó la lista de admision.

Cárlos volvió por fin al seno de su familia donde presentó á Julio como á su mejor amigo. Sin embargo, las relaciones del jóven parisiense con la señora de Pierremont y con Eglé se limitaron á un reducido número de visitas, porque alcanzó el permiso de ir á pasar algunos dias al lado de sus padres.

Menos felices los demás alumnos, se habian quedado á bordo del navío, esperando que la fragata *la Aurora* estuviese dispuesta para conducirlos al Mediterráneo. Solamente unos cuantos habian recibido licencia como Julio Renaud ó debian ser colocados por la mayoría del puerto de Brest en buques en frágil.

Cárlos pidió ser embarcado en la *Corbeta la Emboscada*, mandada por uno de los amigos de su padre.

Fargeolles, tratado como todos los demás, iba á partir con *la Aura*; la certeza de que

Eglé rebotaba de años á estar en contacto con su padre del *Orion*, aliviaba en

parte los pesares causados por una separacion próxima.

La *Emboscada* se equipaba con lentitud, y Carlos y su prima confiaban en que Julio estaria de regreso de París antes de acabarse el armamento.

—Si pudierais navegar juntos! decia Eglé; sentiria menos pesar al separarme de tí.

—Si pudiera embarcarme con Julio Renaud, respondia Carlos, no lo perderia todo al separarme de vuestro lado: tendria un amigo con quien podria hablar de vosotras.

—Escribe con frecuencia, Carlos.

—Ese será mi mas grato pasatiempo, y si debo partir sin Renaud, mi único consuelo.

Supieron que Julio habia sido llevado á Rochefort por un capitan de navio á quien le habian recomendado sus padres.

Aquel mismo dia aparejó la *Aurora*.

Carlos la vió salir por la boca del puerto con una brisa favorable y volvió menos triste á casa de su madre.

—Por fin!... por fin!... querida Eglé, dijo; la *Aurora* está á la vela llevándose á Fargeolles y los alumnos de la promocion.

Eglé, que tenia aun presentes en la memoria los padecimientos de Carlos durante los primeros dias de su permanencia en la escuela, apreciaba sobremanera esta noticia; pero tres horas despues, vió con sus propios ojos á Emilio Fargeolles pasar con un grupo numeroso de alumnos bajo las ventanas de la casa.

—Cielos!... exclamó; aun está aquí!... ¿por qué fatalidad?

VII.

EL LOBO MARINO.

¡Lobo marino! antiguo personaje de comedia y de novela, antigua y falsa tradicion, tipo cuya moda ha pasado, y digno tan solo de eterno olvido como los tíos de América, los tutores celosos y los alcaldes de montera!

¡Lobo marino!... viejo regañón, valiente como una espada, marino como la escota del foque mayor, franco y brutal, regañón bienhechor, pendenciero, fumador y bebedor... tu raza se ha perdido y no eres mas que un cuento de niños.

Nó y mil veces nó, no existes y no se trata aquí de ningun héroe de ópera cómica. Nuestro título no se aplica al clásico capitan *Saboard*, de quien tanto se ha escrito en prosa y en verso, ni tampoco á esos lobos marinos descritos por M. Valmont de Bomare, en su diccionario de historia natural.

El objeto de nuestras observaciones podrá ser anfibio, pero á buen seguro que no tiene aun las patas con uñas y es muy poco velludo; su definicion no recordará ninguno de los caracteres que corresponden al foca, al lupus marinus piscis, ó al labrax, especies que pertenecen todas á la ciencia y al mar, pero que estarian fuera de sitio en el presente estudio marítimo.

El lobo marino de que tratamos tiene el hocico fresco y rosado, las mejillas encarnadas, el ojo ardiente, la lengua expedita, el cerebro fogoso, la mano lista y el pié ligero. Existe realmente en Francia, es contemporáneo y compatriota nuestro, abunda especialmente á los 48° 24' 14" de latitud norte y 6° 49' de longitud oeste, es decir en Brest, departamento de Finisterre; finalmente, ha vivido mucho mas tiempo en tierra firme que sobre el agua salada.

¿Quién se atreverá á decir, despues de esta aclaracion, que resucitamos un cuento de viejas?

El interesante animal marino que comparece ante nosotros se encuentra en mas ó menos cantidad segun las épocas y los ministerios; la razon estriba en su misma esencia: — no se multiplica sino en virtud de un decreto que, como el calor del sol, hace salir del cascaron un número mayor ó menor de crias, llamadas candidatos por los naturales del pais.

Merced al medio ingenioso de circulacion de las diligencias generales, el lobo marino se dirige en seguida á la ciudad y puerto de Brest; cuando llega allí, no tarda en experimentar una transformacion que le encanta; viste un paletó azul con botones de áncora y una gorra de uniforme; se apresura á ir á ver el mar y el navio escuela, compra y fuma un cigarro, jura tres veces por estribor y babor, y despues, cogiéndose del brazo de un compañero conocido ó desconocido, se dirige al café de Marina, cuyos ecos hace resonar su voz de falsete durante tres dias consecutivos.

El cuarto dia, el feroz carnívoro, en el cual se habrá reconocido á nuestro alumno del *Tourville*, del *Duquesne*, del *Arion* ó del *Borda* (importa poco el nombre del navio escuela), recibe la órden de embarcarse y desaparece del suelo de Brest.

Principian despues sus estudios marítimos y cada dia resuena en la memoria algunos términos nuevos de la lengua que arde en deseos de saber y tiene gusto de estropear; entablar, amarrar, cargar, relingar son las palabras de que usa y abusa á todas horas, empleándolas continuamente esperando llegar á entenderlas.

Entre los nombres hay tres á los cuales tiene una aficion particular y son los de *cable*, *obenque* y *driza* que resumen para él durante las primeras semanas toda la ciencia del maestro de tripulacion; queda reconocido de común acuerdo que toda cuerda de grosor extraordinario es un cable, toda escala de cuerda un obenque y toda maniobra corriente una driza. Estas nociones preliminares están llenas de encanto para el lobo marino; pronto es capaz de distinguir la popa de la proa y no ignora el nombre de los mástiles. No pasa un mes y ya es bastante sábio para citar sin equivocarse todos los de las vergas y las velas.

Mientras tanto aprende á formar el punto y á calcular un ángulo horario, pero poco nos importa que sepa el binomio y estudie el plano inclinado; sigámosle en sus progresos en práctica naval.

Pasa sus horas de ocio en las gavias y en los masteleros de juanetes y de sobrejuanetes, se encarama por los obenques y las escotas de masteleros, salta de cuerda en cuerda, es volatin y funámbulo, corre por la arboladura, se cuelga por los piés y las manos y se expone á romperse la cabeza cien veces al dia. Está contento y orgulloso luego que una verga está puesta, aparejada é instalada á algunos metros sobre la red de combate, y cuando sabe cargar una vela y coger un rizo. Mas adelante, tiene para él los mayores encantos el manejo del palo de virar y es objeto de sus ambiciones el caño del timon; casi le han marinado seis meses de reclusion á bordo; que le dejen entonces en tierra, y ya no será el bisoño salido de la cáscara que vimos no ha mucho desembarcar de Lafitte y Caillard con el vocabulario de los marinos de París; ya no se marea; es ya entendido y no llama á un buque indistintamente navio, bergantin, fragata ó gabarra, y sabe, segun Villaumez, que *parisiense* es una injuria y término de desprecio.

Pero trascurramos de un salto los dos años que pasa, en virtud de los reglamentos actua-

les, en el navio escuela, y examinémosle en su apogeo, recientemente decorado con un cordon medio seda y oro, con una gorra galonada y un sable gigantesco al cual está amarrado ó recíprocamente, cuando acaba de ser nombrado alumno de segunda clase, despues de responder á las preguntas del jurado de salida; sesenta, ochenta, ciento de sus compañeros pisan como él las calles de la ciudad.

¡Qué gusto dá el verles y oírles! ¡qué aire de desembarazo! ¡qué seguridad y aplomo! Desde el segundo dia advierten admirablemente que los cordones de marina no deben llevarse con simetria militar como los de un gendarme, sino á modo de lampazo ó de lio, con descuido y colgando con extravagante capricho; hé aquí lo sublime de la elegancia, el *nec plus ultra* de la moda; un bello desórden es un efecto del arte.

Uno va ceñido con una ancha faja encarnada, otro lleva un sombrero encerado con largas cintas; este ha creído oportuno adornar sus botas con espuelas monstruosas que llama sus *amuras de velas bajas*, aquel ha comprado una enorme pipa con la cual se pasea fumando.

¡Poco á poco! se nos tacha de exageracion, llegan á nuestros oídos los nombres de prefecto marítimo, de mayor general y de mayor de la marina, y nos acusañ de recargar los colores y de escribir la historia natural fantástica. Digamos pues sin tardanza que la policia diurna del puerto contiene con frecuencia los desahogos del lobo marino, pero por la noche, en los barrios tortuosos donde se refugian en cuadrillas, en la hora en que los últimos resplandores se confunden con las tinieblas, entonces todas las locuras son posibles, y las ejecutan, y por mucho que digamos, á buen seguro que no diremos toda la verdad.

Dejemos pues á los críticos el traje proverbial de nuestros héroes y entremos en el café de Marina cuyas mesas están todas invadidas.

—¡Mozo! gritan unos, ¡ponche de huevo y merengues!

—¡Mozo! gritan otros, ¡diez vasos de té y jarabe, chocolate y champaña!

—¡Mozo! ¡ron y platos de nata!

Es imposible formarse una idea de las cosas extrañas pedidas en una misma velada que se prolonga las mas de las veces hasta el dia siguiente.

A media noche hemos oido pedir el baturrillo siguiente á jóvenes lobos marinos que acababan de tomar café con leche:

—Dulce de azufaiña, guisado de liebre, jalea de membrillo y cerveza!

Una hora despues piden:

—¡Sopa de cebolla, kirs-waser y almendras de garapiña!

Es inútil decir que sus bulliciosas cuadrillas entran como una invasion en el teatro, silban á la primera actriz que tiene la culpa de pasar de los veinte y nueve años, arrojan coronas á la Dugazon que á falta de voz posee dos hermosos ojos, tiran castañas heladas al barba, y rompen una docena de quinqués al huir precipitadamente de la sala, porque han creído oportuno intervenir el oficial mayor y el comisario de policia.

Finalmente, cada cual va á su destino: unos son enviados al Senegal ó al Brasil y otros á Terranova ó á las Antillas, pero la mayor parte son embarcados en un buque que sale para Tolon.

(Se continuará).



Mozo! ron y platos de nata. (Pág. 15, col. 3.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

4. *¿Por qué respiramos el aire?*
Porque contiene el *oxígeno*, que es necesario á la vida.
5. *¿Por qué el oxígeno es necesario á la vida?*
Porque se combina con el *carbono* de la sangre y forma *gas ácido carbónico*.
6. *¿Por qué es necesaria esta combinacion?*
Porque estamos formados de manera que nuestro cuerpo sufre un cambio constante, y esta trasformacion de materia sólida en forma gaseosa es el plan señalado por nuestro Criador para expeler de nuestro sistema la materia llamada *carbono*.
7. *¿Por qué nuestro cuerpo experimenta calor?*
Porque la union del *oxígeno* y del *carbono* lo desmenua.
8. *¿Cómo se llama esta union del oxígeno y del carbono?*
Se llama *combustion*, que, en la química, significa la descomposicion de las sustancias y la formacion de nuevas combinaciones acompañadas del calor, y á veces de la luz lo mismo que del calor.
9. *¿Qué produce la union del oxígeno y del carbono?*
Gas ácido carbónico.
10. *¿Qué sucede con este gas ácido carbónico?*
Es expelido de nuestro cuerpo por la compresion de los pulmones y se mezcla con el aire que nos rodea.
11. *Este gas ácido carbónico ¿es mas pesado ó mas ligero que el aire?*
El *gas ácido carbónico* puro es el mas pesado de todos los gases. El que sale de los pulmones no es puro, porque el total de aire que absorbe esta entraña en la previa inspiracion no ha sido despojado de su *oxígeno*, y el *ázo* es absorbido otra vez. Por consiguiente, el aire que sale de los pulmones puede decirse que está formado de *aire* y de una gran cantidad de *gas ácido carbónico*.
12. *¿Cuál es la composicion del aire en su estado natural?*
Se compone de *oxígeno*, *ázo* y *gas ácido carbónico*, en las proporciones de 20 volúmenes de *oxígeno*, 70 volúmenes de *ázo* y 1 de *gas*

ácido carbónico. Además contiene tambien un ligero vestigio de vapor acuoso.

13. *¿Cuál es el estado del aire despues de respirado?*

Ha perdido una sexta parte de su *oxígeno*, tomando una cantidad equivalente de *ácido carbónico*. Si se respirase el mismo aire seis veces sucesivas, perderia *todo* su *oxígeno* y no alimentaria la vida.

14. *El aire impuro que sale de los pulmones ¿es mas ligero ó mas pesado que el aire comun?*

Al principio, siendo rarificado por el calor, es mas ligero. Pero si se dejase tranquilo se volveria mas *pesado* á medida que se enfriase, y entonces descenderia.

15. *¿Por qué es bueno que las camas estén á dos piés del suelo?*

Porque de noche, permaneciendo cerrada la habitacion donde se duerme, la respiracion de la persona dormida impregna el *aire* de *gas ácido carbónico*, el cual, descendiendo, hace que su parte mas densa permanezca junto al suelo.

16. *¿Qué es lo que produce principalmente el gas ácido carbónico?*

El reino vegetal (como se dirá despues), la combustion de las sustancias compuestas en su mayor parte de *carbon*, la respiracion de los animales y la descomposicion de los compuestos *carbónicos*.

17. *¿Es la respiracion una especie de combustion?*

Sí. En la respiracion de los animales, en la combustion de los carbonos, de la leña, de las velas, etc., se verifica un cambio semejante. El *oxígeno* del *aire* se combina con el *carbono* de la sustancia combustible y forma *gas ácido carbónico*, que hace que el *aire* no sea bueno para respirar ni para la combustion hasta que se ha renovado mezclándose con el *aire exterior*.

18. *¿Qué es carbono?*

Es uno de los cuerpos elementales muy abundante en toda la naturaleza. Se encuentra en mayor cantidad en las sustancias vegetales, si bien existe tambien en los cuerpos animales y aun en los minerales. La forma mas familiar bajo la cual se nos presenta es en la de *carbon*, que es *carbono* casi puro.

19. *¿Qué se entiende por cuerpo elemental?*

Cuerpo elemental es una de aquellas sustan-

cias en las cuales la química descubre mas de un cuerpo constituyente. Por ejemplo, la química encuentra que el *agua* está compuesta de *oxígeno* y de *hidrógeno*. Por consiguiente el *agua* es un cuerpo *compuesto*. Pero el *carbono* es *solamente carbono*, y por esta razon se le llama un simple ó cuerpo elemental.

20. *¿Por qué es peligroso encender carbon en las habitaciones?*

Porque estando compuesto de *carbono* casi puro, su combustion produce una gran cantidad de *gas ácido carbónico*.

21. *¿Qué efecto produce el gas ácido carbónico sobre el sistema humano?*

Produce *somnolencia* y *estupor*, los cuales si no se remediasen por medio de la ventilacion causarian la muerte.

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Cueros para asentar las navajas.

Se encola sobre cada uno de los dos lados de la tablilla que se destina para este uso, un pedazo de baqueta ó suela; estando bien secos se igualan y se alisan los dos lados con una piedra pomez en seco; luego se derrite manteca de cerdo, en la cual se mezcla esmeril pasado por un tamiz de seda muy fino, añadiendo bastante cantidad de este último cuerpo, para que al enfriarse forme el todo una pasta dura, la cual se estiende sobre uno de los dos lados de la tablilla con la hoja de un cuchillo; el otro lado se unta con una mezcla de manteca de cerdo y rojo de Inglaterra, en consistencia de pasta algo dura. El rojo inglés ha de ser en polvo excesivamente fino.

Tinta roja.

Se toman 4 onzas de palo Brasil, que se hace hervir por mas de un cuarto de hora en dos cuartillos de agua; luego se le añade un poco de alumbre, goma arábica y azúcar cande, dejando hervir el licor otro cuarto de hora mas. Esta tinta se conserva mucho tiempo, y se pone mucho mas roja cuando es mas añeja.

Por todo lo que antecede F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.